

Arte y decoración

Art and decoration

Alberto Iglesias

Universidad Politécnica de Madrid
a.iglesiassa@alumnos.upm.es

Resumen:

Una reflexión sobre el arte y la decoración y la búsqueda de la racionalización sobre el hecho artístico basándose en el discurso de la dicotomía forma/función. Este discurso pretende extrapolarse a la relación entre diseño e ingeniería.

Abstract:

A reflexion about art and decoration and the search of the rationalization about art based on the dichotomy's discourse form/function. This discourse try to be extrapolate to the relation between design and engineering.

Palabras clave: Arte y decoración.

Iglesias, A. 2012: *Arte y decoración*. Ardin. Arte, Diseño e Ingeniería, 1, 131-133

Key words: Art and decoration.

Iglesias, A. 2012: *Art and decoration*. Ardin. Arte, Diseño e Ingeniería, 1, 131-133

Arte y decoración.

El arte plástico, desde sus inicios más lejanos, ha ido muy estrechamente ligado a la decoración de nuestro entorno. Cualquier lugar digno de ser habitado necesariamente ha acompañado una ornamentación, práctica completamente innecesaria -esto es lo curioso- para la supervivencia más primaria. Ya los hombres prehistóricos sentían esa inclinación natural por aliviar la sobriedad de sus cuevas, decoradas con lo que conocemos hoy por pinturas rupestres o por realizar peque-

ñas tallas antropomorfas en piedra o madera, fuera del uso práctico. Si nos paramos a analizar la temática de estas manifestaciones artísticas nos encontramos que siempre representan los momentos y las figuras más sublimes de su cultura. Como por ejemplo, las cazas de Altamira, la fertilidad de la Venus de Willendorf, los relieves del Partenón, el Pantocrator de San Clemente de Tahúl o La Creación en la capilla Sixtina de Miguel Ángel; siempre obras con un carácter mágico, pues el Arte era la única vía posible de expresar esa espiritualidad exclusiva del ser humano.

Ya lo dijo R. Cardwell “El arte se convirtió en un baluarte de todas las dudas y pensamientos insolubles.” Esta capacidad expresiva no ha sido un bien común sino exclusivo; un don de unos pocos con la sensibilidad necesaria para percibir y plasmar, de una manera intuitiva, esa religiosidad inherente a toda obra de Arte. Los servicios de estos individuos eran requeridos para la decoración y magnificencia de los templos de aquellos deificados soberanos de la Historia, pues sus artes eran consideradas superiores a la propia naturaleza humana, frontera donde inmediatamente se pasa a lo divino. Se podría decir que la misma pretensión que se tiene hacia la obra de arte es la que se tuvo con la Torre de Babel, llegar al cielo para encontrarse con Dios.

Dicho esto, parece que estamos tratando un tema un tanto esotérico, pero no es del todo así. Durante el siglo XX se han realizado numerosos estudios para intentar objetivar la obra artística. Académicos de las Bellas Artes como W. Kandinsky han conseguido llegar a algunos patrones bastante claros, apoyados posteriormente por estudios científicos y psicológicos, a la llegada del psicoanálisis o el condicionalismo. De esta manera, se conseguiría racionalizar un acontecimiento que hasta el momento se había producido de una manera meramente intuitiva. El más sistemático en este aspecto es Rudolf Arnheim, del cual voy a extraer su definición de arte para poder proseguir y llegar al nudo de mi artículo.

“Las pinturas o esculturas son afirmaciones autónomas sobre la naturaleza de la existencia humana, (...). Una obra de arte muestra la interacción del orden subyacente y la variedad irracional de choques.”

Qué nos quiere decir Arnheim con esto. Se refiere a que toda obra de arte es un todo en sí mismo, no forma parte de ningún conjunto, pues ella sola es una afirmación superior, autónoma sobre la naturaleza de la existencia humana, como bien dice. Los factores compositivos que tienen una mayor influencia en este aspecto son la “forma” y la colocación de los distintos elementos en la obra; conjunto que deberá transmitir un equilibrio “dinámico”, fuera de toda estática evidente y fácil. Por ello, el lugar de estas pinturas y esculturas no es otro que los museos o las galerías, ya que su labor es ser expuestas y contempladas de manera individual. Todos sabemos que Las Meninas y La Fragua de Vulcano de Velázquez no están para hacer más acogedora la estancia en el museo.

Ahora bien, cuál es el conflicto y en qué momento surge. Para dar respuesta a estas preguntas hay que remontarse a la instauración de los ideales socialistas du-

rante el siglo XIX. El Arte pasa necesariamente a ser un bien adquirido por las clases bajas, las cuales habían permanecido desprovistas de todo lujo hasta entonces. El socialismo llega e impone un nuevo sistema de gobierno en el que la supervivencia ya no es el principal problema del proletariado y así puede dedicar una parte de sus ingresos al ocio, o en nuestro caso, a la decoración. Por ello comienza un proceso de imitación, siendo los templos y palacios los referentes utilizados, pues son las únicas estancias “decoradas” que se conocían hasta la fecha. Todas ellas estaban plagadas de las más célebres pinturas y esculturas, grandiosas obras de arte en el sentido más restrictivo del término. Así comienza la asociación entre Arte y decoración, un error que todavía seguimos arrastrando.

Si volvemos a la definición de Arnheim nos damos cuenta de que es difícil haberlo hecho peor. Pues ¿cuál es el buen elemento decorativo? Sencillamente aquél que cumple en mejor medida su función de acompañar, deservir como parte al todo en el que se encuentra. Por esta razón deberá tener un carácter modesto frente a su continente y nunca tratar de eclipsarlo o de afirmarse sobre él. Plásticamente, ¿cuáles son las características que ha de guardar su composición? Justamente las contrarias a las de la obra artística, como: un equilibrio fácil y evidente para el ojo, sin grandes tensiones ni contrastes internos. Un ejemplo de la buena ornamentación es la de la cultura árabe. Sus motivos geométricos, su regularidad de formas, el uso de la simetría y la repetición, son algunos de los atributos que mejor se identifican con el buen ornamento, pues no distraen la atención de la causa principal. (Ver “Juan Genovés en su estudio”, video de youtube.com) La colocación de una obra de Arte en un entorno diseñado para ser habitado no está cumpliendo con su función, pues distorsionará el ambiente; del mismo modo que la colocación de un elemento decorativo, como obra de arte, en un museo o galería será escaso y aburrido.

Podemos llegar a establecer que la diferencia entre el artista y el diseñador, es la misma que existe entre el matemático y el ingeniero. Los conocimientos del matemático pueden aplicarse buenamente a la ingeniería, pero siempre teniendo en cuenta que estamos acotados en un entorno real, no teórico. El diseño puede estar inspirado en manifestaciones artísticas, o incluso tomar elementos y fórmulas de las mismas, pero teniendo muy presente que el acto de diseñar¹ no es el de hacer Arte sino, en última instancia, el de aplicarlo.

Tenemos mucho que plantearnos al respecto, pues una silla que se expone en un museo de arte moderno nunca podrá ser un buen referente para el diseñador industrial.

¹ Éste término incluye también a la decoración, entendida como diseño de interiores.